

GUILLERMO FERNÁNDEZ

TU NOMBRE
SERÁ BORRADO
DEL MUNDO



Cuento

EDITORIAL ARBOLEDA

TU NOMBRE
SERÁ BORRADO DEL MUNDO

CUENTO

Guillermo Fernández

Editorial Arboleda, 2013

© **Tu nombre será borrado del mundo**

Guillermo Fernández. 2012

Correo electrónico: g_fernandez62@yahoo.com

863.44

F363t Fernández, Guillermo

Tu nombre será borrado del mundo / Guillermo Fernández

– 1ª. ed. – San José, C.R. : Editorial Arboleda, 2013.

180 p. 21 x 14 cm.

ISBN 978-9968-536-34-9

1. Cuento costarricense. 2. Literatura costarricense.

I. Título.

Dirección y producción editorial: Américo Ochoa y Leonardo Villegas.

Diseño de portada Leonardo Villegas.

Revisión de pruebas: Eugenio Redondo.

Prensa y acabados: Diana Marisol Zapata y Martín Coto.

© Editorial Arboleda. Primera edición. Marzo, 2013.

Sitio Web: www.editorialarboleda.com

e-mail: libros@editorialarboleda.com



COLEGIO DE COSTA RICA

MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD

Esta publicación se realiza gracias al aporte financiero del fondo de becas del Colegio de Costa Rica/Ministerio de Cultura y Juventud, 2013.

De conformidad con la Ley No.6683 de Derechos de Autor y Derechos Conexos, es prohibida la reproducción total o parcial en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso de la editorial. Hecho el depósito de ley.

TU NOMBRE SERÁ BORRADO DEL MUNDO

I

Bhaivara fue uno de los tripulantes que descendieron del aeroplano que aterrizó en una pista al sur de Skibskirkegard, muy lejos incluso de la ciudad de Nuuk, en Groenlandia. Se contaban entre los nuevos funcionarios a un norteamericano, un inglés y un griego, los tres expertos en guerra bacteriológica, y por cierto algo comunicativos y recelosos. Bhaivara era un biólogo molecular e ingeniero genético hindú, y uno de los más capaces de su especie, tanto como para haber sido contratado por la omnimoda Caribdis SA, que solo reclutaba a los mejores.

Las compuertas del ingenio armamentístico se abrieron ante las indicaciones de la escolta que los habían acompañado desde Copenhague. El lapso de revisión duró dos horas en un puesto de vigilancia parecido a una torreta de la muralla china, donde se cambiaron la ropa por sofisticados uniformes y donde pronto entendieron que quizás no saldrían nunca de ese sitio. (Con la firma del contrato también habían firmado algo más.)

Uno de los guardias les ofreció café y galletas macrobióticas mientras comprobaban que no fueran dobles o espías. Luego los condujo hacia lo que parecía un inmenso hangar, especie de estación interna que nadie hubiera adivinado en ese roquedal inmenso y frío. Allí los hicieron pasar a un ascensor que los dejó en el piso habitacional del complejo subterráneo, donde al fin pudieron descansar del largo viaje.

A la mañana siguiente, como a eso de las seis y media, tocaron a su puerta. Era una ejecutiva elegante, de unos veintitrés años, que le extendía la mano con enfática mirada cortés, y dueña de una sonrisa que se le figuró motivadora y vivaz. La mujer se presentó con el nombre de Candy, una de las tantas asistentes de recursos humanos de la corporación.

–Bienvenido a Caribdis SA. ¿Le gustó su habitación, señor Bhaivara? –le preguntó temerosa de no modular bien su nombre–. Fue pensada para jóvenes genios como usted –aduló ladeando un poco su carita orlada por una rubia cabellera–. Primero iremos a desayunar y luego me corresponde enseñarle lo que usted necesita para trabajar aquí.

Su lacónica bienvenida a Caribdis SA, siguió a un largo paseo por la inmensidad del complejo armamentístico. Al rato comprendió Bhaivara que era una de esas mujeres que suelen abundar en puestos de relaciones públicas: bonitas, bien perfumadas, piadosas con los piropos clichés. Llevaba siempre una agenda que leía para no perder el hilo de sus visitas y se mostraba muy pronta para saludar a algún conocido que la distinguiera del anonimato de técnicos, trabajadores rasos, oficiales, ingenieros, científicos con gabacha,

decenas de laboriosos hombres y mujeres. A Bhaivara le encantó esperarla todas las mañanas considerando que aun ese reglamentario protocolo de la muchacha era esperanzador. Pudo haber pensado que el amor había llegado a su puerta si Candy, deseosa de intimar un día en uno de los pasillos de la Sección de Ataque Terrestre, no le hubiera enseñado la foto de su novio, uno de los gerentes de Caribdis SA, los cuales eran –como supo después–, más que todo despiadados modelos de supervisión, encargados de presionar a los que verdaderamente producían.

El día que Candy le dijo que la inducción había terminado, Bhaivara no pudo más que suspirar con una mezcla de tranquilidad y nostalgia.

El primer día de acción fue enviado a trabajar con el líder de proyectos futuristas, el veterano doctor Fumarov. El viejo, de una mirada torva inquisitiva y de cierta complexión simiesca, apenas alzó la vista cuando Bhaivara le dijo su nombre y le extendió la mano.

–Bueno, sí, ¿qué tal? –le dijo sin estrechársela–. A ver si aprendió algo en la universidad de tercera categoría donde estudió.

Al principio creyó que tenía graves suspicacias racistas, como era un hecho que existían en cualquier lugar del mundo. Pero luego supuso que el viejo solo era una máquina de producción que no se detenía en frívolas relaciones públicas. A Fumarov no le gustaba mirar a los ojos de nadie. No solía hablar mucho. Tampoco le interesaba enseñar. Solo amaba la exactitud de sus cálculos. Hay hombres que pueden rendir culto a sus cerebros y Fumarov era de ese tipo

de hombres. Le gustaba demostrarse a sí mismo que siempre era capaz de rebasar una meta, y que por ello los administradores del complejo lo felicitarían y le darían comisiones sustanciosas.

Aunque pensándolo bien, lo de las comisiones no era tan exacto. Fumarov despreciaba el dinero. Su verdadera satisfacción derivaba de que los demás admitiesen su genialidad. Siempre decía, rebelde como era en aguas de su propio charco, que ni doctorados ni maestrías servían para Caribdis SA, y que la reina por la que se inclinaba como siervo el mercado era la inventiva de los hombres. “El verdadero inventor va más allá de los teóricos”, decía observando la agonía de un pobre ratón, de esos que tenían por miles, o analizando en conejos un brote de locura suicida causada por los fármacos que se les inyectaban. En su caso, se había cumplido la sentencia y el hecho era que el doctor Fumarov se había convertido en una autoridad incuestionable sin haber vegetado en universidades ni en foros donde suelen bullir los comentaristas ociosos de la ciencia.

Muchos de los juicios de Fumarov no le gustaban a Bhaivara. Este podía pensar que exageraba con ser un hombre demasiado cínico. Sin embargo, su empeño en el laboratorio no podía inspirarle más que su respeto. Era allí donde el viejo engreído comprobaba que su religión era perseverar en busca de los meandros más ocultos de la materia, mediante cientos de pruebas e intentos fallidos, obsesionado por una fe que le recordaba a ciertos santos silenciosos de su lejano país.

A las semanas de labor intensa, Bhaivara reconoció haberse hecho de amigo de Katana, biólogo molecular japonés que lo había hecho su confidente. Ambos solían jugar juntos ajedrez o algunas mesas de tenis en las noches libres. A Katana le gustaba ser un científico bien pagado, como todos en Caribdis

SA, pero ya tenía cinco años de trabajar en unas condiciones que ya le parecían infaustas. El ambiente carcelario de Caribdis hacía que algunos enfermasen repentinamente de un día para otro. Las salidas estaban más que controladas fuera de la corporación. En vacaciones podían hacer viajes a Nuuk para darse un baño de aire glacial o a comprar souvenirs de esteatita y hueso fabricados por los esquimales. Pero les era prohibido departir con los lugareños y menos entablar conversaciones sobre sus trabajos secretos.

Aparte de eso, los científicos importantes, los creadores, eran solo unos productores de inventos cuya vida y empeño no tenían la más mínima importancia. Siempre fue frustrante reconocer, como lo había previsto Katana, que el afán de los científicos estaba ciertamente relegado al sótano de Caribdis SA. Una vez que llegaba la hora de salida y les tocaba pasar de lado por las oficinas de los administradores, les gustaba pensar que tal vez había llegado la hora de inventarles a ellos una plaga especialmente para administradores latosos y acomodaticios. Katana soñaba, por ejemplo, con verlos amanecer un día cubiertos de pústulas y ronchas, sin poder respirar y temblando de fiebre. Estas lucubraciones los mantenían unidos y servían solo de catarsis. Sí. Era un gusto decisivo especular sobre cómo irían a librar al mundo de los administradores, y de sus computadoras portátiles, y de sus gráficos, y de sus memoranda.

Además de Katana, Bhaivara conoció a Bindi, una compatriota que trabajaba en la Sección de Armamento Informático. Era oriunda de Calcuta y, aunque era de casta superior, pertenecía a esa generación reciente de hindúes que ya no tenían mucha confianza en la milenaria estratificación social. El ligue entre los hombres y mujeres no tenía limitaciones, si el comportamiento entre las parejas resultaba

razonable. No era posible tener hijos, razón por la cual los médicos de la corporación repartían preservativos y toda clase de abortivos para que las mujeres no pudieran quedar embarazadas. Bindi era una mujer de unos veintiocho años, al igual que Bhaivara, y no tenía novio. Tenía unos ojos penetrantes, como cualquier mujer de su país. Su expresión era de un refinamiento conmovedor, hablaba fluidamente tres idiomas. Un día le confesó que rehuía las conquistas fáciles, se lo dijo mientras jugaban una partida de ajedrez, juego en el que ella podía ser temible, y Bhaivara le dijo que para él también un revolcón ocasional le sabía a hielo. La frase le gustó a Bindi, quien de inmediato le preguntó si le gustaría probar esa misma noche un poco de hielo, del mejor hielo de Groenlandia, el que ella tenía en sus ingles y en sus pechos y en sus labios.

Bhaivara quedó atónito y asintió, tímido.

II

A los meses, Bhaivara y Bindi hicieron juntos su primer viaje programado a Nuuk, donde todo era posible menos abrir la boca. No era un juego que los espías de otras multinacionales eran diestros en sonsacar información que les dijese en qué estaba la competencia, por qué senderos la miserable competencia se hacía más fuerte y ellos más débiles, o más débil ella y ellos más fuertes. Partieron con un pequeño grupo que había hecho la solicitud meses atrás a la administración. La travesía la hicieron en una moderna fragata que los llevó por el frío mar ártico en un día de cielo color mate. Durante el viaje avistaron las famosas ballenas blancas y les tomaron fotografías. También divisaron dinámicos grupos de focas en las costas, preparándose para zambullirse hacia

aguas profundas en busca de los codiciados bancos de arenques. Se habló en cubierta de las ballenas jorobadas pero no era el tiempo de la primavera, en que solían irrumpir por el Estrecho de Davis.

En Nuuk hicieron las pequeñas compras que incluían piezas ornamentales de foca y estatuillas que imitaban renos o iglús de baterías que se iluminaban espléndidamente en la oscuridad. Comieron animosamente un exquisito emparedado de cangrejo en un restaurante que mantenía la atmósfera muy lejos del torturante clima bajo cero de toda la región. Luego de comer hicieron su visita a la Casa de la Cultura de Nuuk, lugar infaltable en el itinerario de todo turista; miraron los atracaderos con enormes barcos petroleros o mineros, las imitaciones de casas danesas que no tenían por ventura el contorno verde de las originales y las edificaciones que se habían levantado a disgusto de la única presencia que deseaba imperar por los siglos de los siglos: la nieve.

Casi al final del día, se sentaron sobre una lengua de piedra que se adentraba en el mar enrarecido por las ondas de una aurora boreal majestuosamente verde. A la distancia, de norte a sur, divisaron los fiordos que se iban replicando a lo largo de la costa irregular, como drenada por un martillo en los tiempos en que los dioses vikingos batallaban en los ámbitos de la tierra.

—Es la primera vez que veo la aurora boreal —dijo Bindi.

—Yo solo en fotografías la he visto —dijo Bhaivara—. Es demasiado bello, ¿verdad?

—Es raro que nosotros fabriquemos armas, ¿no es cierto? —dijo Bindi—. Nos gustan las buenas cosas. Hacemos el amor cuando podemos.

—Solo cuando podemos... —rió Bhaivara.

—Y lo hacemos bien. No eres un hombre feo, Bhaivara. Creí que tu cuerpo era solo un teorema.

–¿Y cómo se supone que son los teoremas?

–Me imagino que un teorema es solo un cascajo mental que se le arrancó a la vida. Que al teorema le falta vida.

–Estoy aquí porque fui el mejor.

–Yo también fui la mejor, Bhaivara, yo vine muy orgullosa de ser Bindi a Caribdis SA. Despreciaba mi religión, la religión de mis padres y de mis abuelos, supuse que solo había que ganar en la vida.

–Yo siempre he huido de la superstición, Bindi. No ha sido para nada buena.

–Ahora estás inventando nuevas armas. Yo también lo hago. Cada día experimento con nuevos chips para que se obtengan mejores radares, sondas y sensores. Me pagan tan bien que mis padres están felices de tener a una hija tan inteligente. Pero me entristece que me paguen tan bien por eso...

–No te pagarían tan bien si fueras una educadora, Bindi.

–No, creo que no.

III

Un día Bhaivara recibió la trágica noticia de la muerte de Fumarov. Por extraño que parezca, y a pesar de toda la admiración que tenía por el viejo científico, a Bhaivara se le figuró que su muerte era lo más natural para un hombre como él, cuya provocativa amoralidad no era más que un abismo de desesperación. “Ni intenten hablarme de moral porque les morderé la mano”, decía durante las horas de café. “No quiero oír que esto que produce mi cerebro es un arma mortal, no tengo la culpa de que paguen tan bien en Caribdis SA, ni que el mundo esté integrado por estas sabandijas que somos nosotros”, se excusaba su continua tos de fumador empedernido.

El día que el correo de las brujas les dijo que tal vez Fumarov se había suicidado, no le inquietó la novedad. “No sé por qué lo sabía”, le dijo sin emoción alguna a Katana.

Semanas después de las honras fúnebres de Fumarov, el equipo de científicos recibió un aviso de los administradores. En un breve comunicado (dos frases en pésima sintaxis inglesa), les indicaban que el próximo líder de los experimentos que había dejado Fumarov era Bhaivara. La noticia lo dejó en suspenso y no pudo reaccionar. Mientras sus compañeros lo felicitaban, ya con falso reconocimiento o encubierta envidia, aún no podía responder a la señal de la fortuna. ¡Fue como para celebrarlo!

Invitó a sus compañeros a una pequeña fiesta en su habitación y les dijo que les prepararía algunos platillos de la India. Pese a que había trascendido algunas de las supersticiones de su país, como la obsesión por las jerarquías o el espantoso recelo religioso, que después de centurias se mantenía tan saludable, Bhaivara amaba la deliciosa comida hindú. Aparte de los sentimientos contradictorios que le inspiraba esa patria irracional y llena de conflictos, retenía los recuerdos de su infancia en los sabores de unos platillos que conservaban los mejores momentos de su vida. Para ello contó con la ayuda de Bindi, que había recibido la noticia como la gran oportunidad que Bhaivara había esperado.

Durante la fiesta, no hubo casi referencia al ascenso de Bhaivara. Todos sabían que un ascenso en la corporación se podía esperar como un gran convite a la esclavitud más absurda. Pero aun así, los ascensos se ansiaban ávidamente. Tenían que ver con algo que los dueños de Caribdis SA asociaban al incremento del narcisismo, único anzuelo que podía retener a los mejores en sus puestos.

Este aumento del narcisismo se podía dosificar en pequeñas gotas, porque se había comprobado que el exceso producía monstruos. A la primera intromisión de Katana con el tema de los administradores, nadie lo escuchó (no iban a malgastar esa noche en comer el obligado *manjar* de todos los días).

—Esta es la fiesta de Bhaivara —dijo Bindi extendiéndole una bandeja con bhaji y samosas. El japonés miró los alimentos con extrañeza y le dijo que comería más tarde. Se fue a sentar, silencioso, cerca del equipo de sonido. Jonson, que trabajaba en la Sección de Balística Global, y que tenía tiempo de replantearse su estadia en el complejo porque ya no tenía motivos para proseguir un aislamiento tan insoportable, les dijo a todos que intentaran algo diferente esa noche de celebración. Era un joven de unos veintisiete años, de tez pecosa y cuerpo alargado. Bebía una lata de cerveza.

—No quiero terminar jugando ajedrez de nuevo —continuó—. Podemos cambiar de rutina. En mi pueblo de Iwoa, por ejemplo, la gente solía reunirse para contarse historias. Mi tío Harry siempre contaba lo que más le había asustado cuando era un niño y lo que de alguna forma seguía asustándolo. Esa, decía, es una de las mejores cosas del mundo.

—¿Y por qué ese tema? —le preguntó Katana.

—Es hora de conocernos un poco mejor —respondió Jonson—. Nadie sabe aquí mucho de nadie. A mí me es indiferente conocerlos. Pero si me muero mañana por lo menos me llevaré el secreto de lo que más les asusta. Esto sí es valioso. Ningún otro secreto. ¿No trabajamos aquí para asustar con las armas más modernas? ¿No vivimos del miedo? Tal vez estemos aquí porque algo nos asustó tan profundamente que deseamos vengarnos asustando a otros.

La mayoría se rio. Solo Bhaivara fingió sonreír.

–Me gusta la idea de Jonson –dijo Bindí–, es hacer algo distinto, los que jugamos a ser científicos siempre hablamos de los miedos de los demás, de las supersticiones y las sombras de todo el mundo, pero pocas veces nos referimos a las nuestras. ¿Y por qué no empiezas tú, Jonson?

Jonson dejó su lata de cerveza vacía sobre la alfombra sintética. Al cabo de unos segundos dijo:

–¡Lo tengo claro! Mi gran temor de niño fue la siembra de maíz de mi abuelo. Asomado por la ventana, veía de noche la siembra, imaginando que entre las plantas se gestaba algo que no tenía nombre. Me sentía guarecido en el calor de mi propia familia y entre las gruesas paredes de la casa de tres pisos. Aun así, experimentaba que tal refugio no era suficiente, que ningún refugio sería suficiente para mi salvación. Ese algo sabía que yo estaba ahí, en mi cuarto iluminado por una lamparita, pensando en la manera de irse arrastrando del fondo de la siembra hasta darme alcance. De continuo cerraba muy bien la ventana, cada noche, después de ver la siembra, tembloroso, y luego me iba a leer una revista sobre juegos de rol. Sin embargo, el ulular del viento no me daba tregua, las hojas todas unidas articulaban la voz de mi enemigo, una voz asedada y siniestra, que me retaba a salir. ¡Un día me decidí a salir! Ya estaban todos dormidos: mi abuelo, mis padres, mi hermana Betty, que hablaba hasta muy tarde con sus amigos por teléfono. No importó si yo era muy pequeño para enfrentar a la criatura sin nombre que me solía provocar pánico, a veces un pánico que me exigía un largo grito y que sin embargo reprimía para no crear un alboroto en mi familia. Caminé descalzo hasta mirar de frente el batallón de plantas. No sé por qué tuve la idea de armarme de un martillo. Creo que estaba cansado de sentir miedo. No tengo ahora la explicación. La gran

siembra se levantaba con un canto asesado, en una noche de luna llena. Y allí me quedé unos minutos, esperando, esperando, sin saber qué clase de monstruo vendría hasta mí. Hasta que finalmente sentí sueño. Y el monstruo también se durmió.

—¡Ujum! —dijeron algunos al terminar Jonson. Tal vez no sabían que Jonson podía contar esas historias.

—¿Quién sigue? —preguntó el narrador, volviendo a su lata de cerveza. Aparte de criticar a los administradores de Caribdis SA y jugar ajedrez, Katana jamás contaba nada de sí mismo. Era más hermético que la mayoría. Sin embargo, sintió que debía decir alguna cosa:

—Creo que sigo yo —dijo reflexivo. Se paró en medio de la reunión de colegas; presentaba una sonrisa irónica—. Un día mis padres decidieron llevarme a conocer Tokyo. Y yo no sé por qué tenía un mal presentimiento. Quizá no tenía ganas de hacer ese viaje. No era un niño con iniciativa. Jamás les dije a ellos que tenía miedo. Que tenía una premonición. Y así fue. En un momento en que mis padres se detuvieron ante las vitrinas de una abarrotada tienda, yo di un paso hacia atrás, fascinado de poder alejarme un poco de ellos, y luego di otro paso, y otro, cada vez más emocionado y ligeramente conmovido y asustado, hasta que por fin me dejé llevar por el roce de los cuerpos que pasaban presurosos hacia ambas direcciones, de manera que me sentí como un tronquito impulsado por un torrente que no tenía dirección, y así hasta quedar perdido en una avenida cuya inmensidad y luces aún recuerdo con el más vivo de los miedos. Una mujer policía me vio caminando como un zombi por una acera, sin decir una palabra, con los ojos muy abiertos, como si estuviera seguro que ya nada podía hacer al cumplirse mi premonición, y muy eficiente tomó su radio y llamó a otros policías, y estos hicieron otras llamadas, y uno

de tantos policías, a dos kilómetros de distancia, ya habían localizado a mis pobres padres, que me seguían desesperados a través de esos montones de cuerpos anónimos. Desde entonces odio la multitud, cualquier agrupación de personas que comienza a moverse. Podría morirme a la salida de un estadio.

–¡Escalofriante! –musitó Bindi cargando una bandeja de más bocadillos.

–Creo que ese cuento es peor que mi monstruo de la siembra –murmuró Jonson, mientras le enlazaba el cuello a su amiga Electra, una griega de cabello castaño, de ojos enormes, que solo pensaba en comer y reír cuando se daba la ocasión de hacerlo. Entre los invitados había un italiano llamado Possanzini, de la sección de Fuerza Nuclear Especializada. No estaba muy seguro de querer participar. Pero poco a poco fue encontrando su miedo, y al reconocerlo tuvo prisa por expresárselo a todos.

–Es mi turno –dijo–. Para mí el miedo clave no lo provocó una siembra o una multitud. Yo tenía un tío que trabajaba para la mafia –musitó llevándose un trago de whisky a la boca–, aunque no lo crean.

–Te creemos –dijo Katana–. Pero la mafia a todos nos da miedo.

Se escucharon risas. Bindi había encendido algunas velas y había disminuido las luces del apartamento para que la media luz estuviera a tono con las historias.

–Katana, una cosa es saber de la mafia por las noticias y otra es ser el familiar de un gánster, un gánster huele a lo que es. Hasta su colonia es fatal.

–¿Y qué pasó con tu tío? –preguntó Jonson.

–Cuando menos te lo imaginabas, le gustaba tocar la puerta de mi casa con la excusa de que venía a visitar a mi madre y a echarle un ojo a su apreciado sobrinito. Mi padre le tenía miedo justificado. Vivía

diciéndole al pobre que dejara su seguro puesto de contador público y que se dedicara con él a los buenos negocios. Le decía que sentía pena de su hermana con un hombre tan pendejo. A mí siempre me trataba bien: “Hola, mi sobrinito –me decía–, te traje un billete de cien dólares, ven, ven, dale un beso a tu tío”. Me encantaba ese billete, me hacía soñar en la posibilidad de miles de billetes más como esos, ¿no es extraño?; mi interés por el dinero me decía que mi tío era un portador de buenas noticias para mí; pero las frases entrecortadas que yo escuchaba decir a través de la puerta de la habitación de mis padres, eran el signo de que mi tío era un desgraciado que los hacía sufrir como a unos miserables. Tal vez por eso el dinero siempre tendrá para mí el olor a colonia de mi tío. No lo puedo disociar de ese aroma a limpio, a sospechosa pulcritud. Cuando lo tengo en las manos es como si tuviera la lengua fría de un gánster encantador. Yo sé que es una estupidez. ¡Por eso solo utilizo tarjetas de crédito!

Algunos rieron, otros movieron la cabeza.

–¿Era un chiste? –baluceó Katana.

–¡Ningún chiste! –respondió Possanzini yéndose a la mesa a prepararse un platillo. Por alguna razón todos vieron a Bhaivara, que no había planeado contarles nada. Bindi le hizo el gesto de comenzar: “Atrévete”, le dijo con sus ojos, mientras trituraba una aceituna con sus dientes.

–Todos sus miedos son hermosos; los míos tal vez no tanto –dijo Bhaivara sentándose en una silla.

–Te oímos –concretó Katana.

–Dormía cerca de mis padres en nuestro ghetto de Srinagar cuando se escucharon los estruendos. Tenía seis años. Tenía muchos hermanos cuyo rostro no recuerdo. Yo era el menor de todos, quizás ese privilegio de ser el menor hizo que mi madre me estrechara contra su cuerpo sirviéndome de escudo.

Al tiempo supe, ya cuando era un muchacho con entendimiento, que los estruendos provenían de las granadas que habían lanzado los milicianos musulmanes. La historia verdadera me la contaron en el orfanato donde me adoptaron unos viejos jubilados ingleses, que reconocieron mis capacidades intelectuales de inmediato y me dieron pan y estudio. Eso me salvó de ser un paria o un sirviente de los de casta superior. Más tarde, empecé a escuchar dentro mí los estallidos y a barajar los últimos recuerdos de aquella noche terrorista. Algunos años de consulta con un psiquiatra me explicaron que el niño de seis años no quedó marcado por los estruendos que mataron a todos mis parientes. No, no temía la ira de los fanáticos religiosos. Nada de eso. El niño que habitaba aún en mí, y que había empezado a manifestar su angustia ahora que me había convertido en un hombre, temía la última mirada de mi madre cuando me tomó en sus brazos para que los perdigones de las bombas no me aniquilaran. Era la mirada del amor impotente lo que temía. Una dulzura impotente. Hoy solo sé que no se puede nada contra los fanáticos. No me simpatizan ni los de mi propia religión. Una religión que de paso no entiendo. Mi gran miedo, quizá por esa causa, es no tener defensas. Ser pequeño, falible.

Bhaivara se silenció. Nadie se atrevió a seguir contando otra historia. Los demás del grupo que habían sido invitados adujeron que ya los rendía el cansancio y empezaron a retirarse.

Había un tono en la historia de Bhaivara que generó una especie de lasitud en la emoción de los que venían a celebrar la promoción del biólogo molecular. ¿Y qué con esa historia de los fanáticos? ¿Qué quería decirles a todos? ¿Que ellos también eran otro tipo de mercenarios? ¿Que Bhaivara no había cesado de ser víctima del fanatismo?

Esa noche Bindi durmió en la habitación de Bhaivara. Ambos se abrazaron sin decir nada durante una hora, esperando que el sueño les diese reposo, pero el sueño jugaba como el niño de Katana a perderse en los ámbitos de una inmensa ciudad de nieve que tenían por encima de sus cabezas.

–Un mundo sin guerra no es posible –dijo Bhaivara, tratando de anclar su rostro en el pelo de la mujer–. Pero ya quisiera estar lejos de aquí, inflando globos en un circo. Al principio Fumarov me preocupaba por su amoralidad. Nunca nadie le conoció sus verdaderos sentimientos. Supongo que los tenía y que por eso mismo se suicidó. Fumarov no era tan fuerte. Imagino que por las noches tenía los sueños de cualquier pecador arrepentido.

–¿Y tú no le temes a tus sentimientos, Bhaivara? No parece tan malo como Fumarov –dijo Bindi–. Yo también tenía mi propia historia de lo que había temido cuando era niña –le sonrió.

–¿Y por qué no la contaste? –le recriminó Bhaivara–. Tuve que contar la mía y creo que nadie quedó satisfecho.

–Claro que la entendieron perfectamente –dijo ella–. Te dijiste a ti mismo y a todos los demás que armamos un mundo que nos matará a nosotros mismos. No puedes rehuir esa verdad.

–Yo había quedado en paz con la mirada de mi madre –dijo Bhaivara–. Ella me protegió para que hoy le facilite armas sofisticadas a locos milicianos que las pagan para acabar con mujeres como ella y con niños como los que ella protegió. ¿No da risa la vida? ¿No es una mierda estar aquí porque fuimos los más capaces? ¿No es una trampa la inteligencia?

Bindi le besó la frente. Le gustaba su trabajo. Pensaba que su familia estaba feliz de verla surgir en una transnacional. No quería tener remordimientos

de conciencia. Pero no era posible. Aunque deseaba ser dura con ella misma, tenía pena por quienes se manifestaban contra la industria de la guerra. Le parecían seres sensatos. Solo que ella se veía a sí misma como una ganadora.

–¿Qué es un ganador? –le preguntó Bindi a Bhaivara, que intentaba cerrar los ojos.

–Es el que se burla de todo el mundo, el que se caga en todo el mundo y sale todavía con más ventajas.

–Es lo que yo pensé, buenas noches.

–¿Y tu historia? ¿No quieres contarme tu historia?

–Es cierto, la quería contar. ¿Quieres oírla?, ¿de verdad quieres oírla?

–Claro, Bindi.

–Había un niño al otro lado de la calle donde yo vivía. Se llamaba Rasul. Era ciego. Su madre lo sacaba a pasear todas las mañanas y yo lo seguía hasta que doblaba por una esquina. Los demás niños jugábamos en la calle, al volver a la escuela. Y Rasul se asomaba por una ventana, cuidándose de que no fuera visto. Creo que trataba de hacerse una imagen del rostro de cada uno de los niños que jugábamos a cierta hora. Le permitía recrear imágenes posibles. ¿Pero qué imágenes? Jamás había visto nada ni a nadie. Había nacido ciego, no podía percibir más que sonidos, no podía más que palpar el mundo con sus manos. Un día un niño llamado Umang se enfureció conmigo y me abofeteó el rostro. Venía sola. Se vino tras mis espaldas y me llamó engreída: “Eres una engreída, Bindi, eres una niña de casta superior”. Entonces corrí temiendo que me fuera a hacer más daño. Yo venía sola de la escuela. Mi padre, que era juez de distrito, no había podido recogerme ese día, y me había dicho que me fuera para la casa tan pronto como acabaran las clases. El bofetón no fue muy duro, lo confieso. Pero

tenía furia, quería matar a Umang. Y lo único que pude hacer fue gimotear hasta la puerta de mi casa, gimotear como una niña agredida. Antes de entrar a la casa, sin embargo, escuché nuevamente unos pasos detrás de mí. Es Umang de nuevo que regresó para hacerme más daño, me dije. Cuando me volví hacia el intruso, tomando esta vez una vara de metal que mi padre tenía para quitar las hojas que se acumulaban en el cenicero, vi a Rasul, esforzándose en abrir los ojos, esos ojos que no tenían nada adentro, pero en los que podía leer sin embargo la más grande compasión y simpatía del mundo. Eran unos cuencos vacíos, Bhaivara, unos cuencos vacíos en el rostro de un niño que me tendía una de sus manos porque había seguido mi grito, ¿me oyes?, había seguido mi lamento por la calle y quería ayudarme. Pero yo me asusté, y aún sigo asustada de tanta compasión, yo me asusté tanto que le estrellé la vara en el rostro.

IV

Con el tiempo en su nueva dirección, y como jamás había desechado la idea de haber nacido para ejercer todas sus potencialidades, Bhaivara vio que los proyectos de Fumarov podían ser concretados con la mitad del presupuesto que se les asignaba cada año. No quería castigar la memoria del drástico mentor, pero como nuevo encargado no podía ser indiferente.

—Fumarov no era tan leal a la compañía —le dijo Bhaivara a Bindi en el área de comida una mañana, luego de estar seguro de su descubrimiento—. Creo que boicoteaba a los administradores y les cobraba en pérdidas lo que él perdía en amargura y dignidad.

Bindi solo le sonrió. Durante ese tiempo era casi imposible que se vieran durante las noches para

relajarse bajo las frazadas y darse el cariño que ambos se habían cobrado.

–Solo me apena no verte un poco más, Bhaivara, ambos trabajamos mucho. Antes estaba segura que deseaba ser una científica emancipada. Ahora consigo, poco a poco, ser una mujer más consciente. ¿Te imaginas que estoy ayudando a detectar el fluido de la sangre en el cuerpo para dirigir balas de francotiradores sin ningún rango de error? Mientras no imagine las caras de las víctimas concilio el sueño. Las víctimas para nosotros tienen rostros de cera.

–Así serán las comisiones –le dijo Bhaivara–. Algún día terminaremos con este episodio y haremos nuestro propio negocio. Es lo que he pensado. ¿Sabes que nosotros somos las vacas de esta lechería siniestra?

–La compañía no lo permitirá –le dijo Bindi. Había escogido un emparedado con peperoni y no lo había probado. Solo sorbía un té frío con sabor a durazno–. Tú y yo sabemos demasiado. Creo que no pueden dejarnos ir.

Bhaivara vio los ojos de Rasul en los ojos de Bindi, fue el recuerdo de la historia que la envolvió. Suspiró un poco.

–Ya veremos, Bindi, ya veremos.

El descubrimiento de Bhaivara sobre el encubrimiento de Fumarov halló un eco poderoso en la cúpula de los administradores, quienes en apariencia agradecidos, intentaron hacerle sentir que era parte de sus megaproyectos de temporada. Un día recibió la visita de uno de los grandes accionistas a su propio laboratorio. Venía escoltado por dos administradores, dos chupamedias en la jerga de la corporación, que le

indicaban cómo caminar y cómo no tener accidentes en el laboratorio. El accionista dijo llamarse Henry a secas. Dijo ser oriundo de Kansas y de amar la flora y la fauna. En esa misma ocasión se preparaba para ir a comer las famosas quisquillas peladas de Nuuk, con lo cual también trataría de filmar las manadas de ballenas jorobadas que iban hacia el norte. Le auguró a Bhaivara un futuro más que beneficioso si seguía por el camino de los ganadores. La palabra *ganador*, tan preciada por los norteamericanos, podía convencer a cualquiera, podía incluso hacer sentir que Groenlandia era una isla del trópico y que el trópico era un sitio seguro para los osos polares.

–El levantón que usted nos acaba de dar nos amplía el margen de las finanzas –le dijo Henry–. No sabemos en qué estaba ahora Fumarov, incluso pudo haberse dedicado al espionaje y nunca lo supimos. En esto falló la administración obviamente, tendrán que rodar cabezas.

Katana estaba cerca cuando oyó lo de las cabezas que rodarían y tuvo una iluminación. El primer golpe bajo contra los parásitos administradores era, aparte del cuantioso salario, un formidable estímulo.

Y rodaron a las semanas varias cabezas de administradores, entre ellas la del novio de Candy, y otros más que se habían convertido en figuras retóricas del orden. El hallazgo de Bhaivara, sin embargo, inspiró mayores controles en el resto de los administradores sobrevivientes, que vieron llegar nuevos gerentes de colmillo más grueso. Las regulaciones se dirigieron contra todos los departamentos productores de armas. Se empezaron a hacer registros sorprendidos en las habitaciones por mandato de una auditoría que hubiera deseado vigilar lo más profundo de los orificios humanos.

Bhaivara, más convencido de que ya no se podía dar un paso hacia atrás, y que el recuerdo del semblante de su madre no llegaba hasta esa fortaleza en Groenlandia, fue demostrando con el paso del tiempo que Fumarov había inventado armas químicas que hoy se empleaban con éxito en algunas de las guerras locales de Oriente Medio, pero que distaban de ser el armamento bioquímico refinado que se necesitaba en el mundo de hoy, donde los derechos humanos, la prensa internacional, y tantas fundaciones para la paz, se oponían con pancartas, razonamientos morales, regulaciones diplomáticas.

Muy pronto inspiró a su equipo de científicos –entre ellos un alucinado Katana, que vio en sus iniciativas la oportunidad de dejar boquiabiertos a los administradores–, a que produjeran el arma conocida como *Lluvia de Otoño 1*, un monstruo bioquímico que podía asustar a cualquier verdugo. A una consulta de los administradores, asediados por los accionistas que les debían muchas promesas a los militares, siempre tan deseosos de cruzar marcas y batir récords, como niños en una carrera de sacos, Bhaivara creó *Lluvia de Otoño 2*, un monstruo que duplicaba en saña al anterior. Posteriormente, inventó la *Lluvia de Otoño 3*. Tal fue el entusiasmo de los accionistas y los administradores que la producción de las *Lluvias* llegó hasta 10. Los mil rostros de la agonía y de la muerte fueron llamados con el nombre de eficacia. El químico siempre se disolvía entre la población y nadie podía establecer el origen de la ruina.

Posteriormente, Bhaivara fue testigo de una bandada de pedidos que desbordó la sensatez. Los administradores lo llamaban a sus reuniones, con toda prontitud, y su trato, que nunca fue ciertamente

cortés, se tornó procaz, es decir, un trato de chulos en una calle de Ámsterdam ante su puta protegida. Un día, simplemente, chupando sus habanos con esa petulancia de los que viajan por el mundo en un cómodo preservativo rosa, le ordenaron producir la *Lluvia de Invierno 1*. Antes, por lo menos, le dejaban a él, es decir, al padre de las horrendas criaturas, que les diera también sus propios nombres. Ahora se consideraban más ingeniosos para hacerlo. La propuesta lo llenó de espanto, no porque atentara contra la ética (¿qué más podría aplastarla?), sino porque era imposible.

Ante su negativa, los administradores se rieron entre ellos, como si en efecto la vaca malagradecida de Caribdis SA escondiera su más rica teta después de todo. Nunca pudo describir esas miradas llenas de expectación, pero, sobre todo, de ira y descaro que le mostraron los grandes bichos. “Lo harás y basta”, le recalcó el Presidente, arreglándose la mancuernilla de diamante. “Si no, tu nombre será borrado del mundo”.

Con el aliento cortado, Bhaivara corrió al laboratorio y les relató el nuevo pedido a sus compañeros que quedaron mudos. “No hay nadie que pueda hacer eso”, gritaron con una justa mueca de reprobación. Sin embargo, Bhaivara no podía retroceder. No solo la ira de los administradores sino también todo lo que había construido le instigaba a seguir adelante como un tren sin frenos por una pendiente. ¡Pobres de los que estaban allá abajo!

Adecuaron el laboratorio para los nuevos experimentos y empezaron la faena precisamente en invierno, como se llamaría la nueva arma. Para ello, fue necesario emplear toda la imaginación posible. Al mando de Bhaivara, los científicos debieron ir más allá que sus antecesores, de aquellos que eran sus admirados héroes, poseedores de una masa gris que creían insuperable. Se dieron cuenta que la

presión sobre esa masa gris podía producir milagros, y que sin presión, sin toneladas de rabia y violencia, no era posible llegar a los inventos más fascinantes. Galileo con el telescopio habría deseado romperle los cojones a la Inquisición, los hermanos Wright habrían deseado mearse sobre la cara de los hombres sin fe –que son casi los más, sin gota de locura y fantasía–, y así, unos y otros, ya sea inventando maravillas para la humanidad o castigos, como la bomba atómica, y lo que hacían ellos, solo comprobaban que se podía hacer, independientemente de las consecuencias.

Después de un año y medio de pruebas y reuniones con los administradores que mostraron el lado más patético de su naturaleza, suplicando un día el invento y ordenando otro el cese de la financiación, amenazándolos con mandarlos a una estación desierta del Polo Sur, obtuvieron la *Lluvia de Invierno 1*. Fue el momento más culminante de la carrera de Bhaivara en Caribdis SA.

A una comunicación lacónica por el intercomunicador, los administradores comenzaron a llegar, como descreídos, abriendo y cerrando portafolios, con sus bolígrafos listos para anotar, y sus secretarías de bellos lunares junto a la boca. Fue un espectáculo circense. Enseguida, Bhaivara les mostró el invento con suma arrogancia de su parte, y supusieron allí, en el diámetro de su propia codicia e insaciabilidad, que estaban tocando las puertas del cielo.

–¡Y habían dudado los chulos que lo pudiéramos hacer! –le murmuró al oído Katana. A los meses de su gran triunfo, le tocó ver una noche las noticias en la televisión, y constatar que ya *Lluvia de Invierno 1*

estaba siendo utilizada. Bindi estaba a su lado, abriendo una lata de cerveza y con una caja de palomitas de maíz, pues se disponían a ver una película de suspense, ese género que los unía más a los dos.

Lo primero que experimentó Bhaivara fue excitación. Una cosa es ver en el laboratorio el fruto de su inventiva y otra era contemplarla por la calle haciendo de las suyas. Son dos asuntos por aparte. Luego de la excitación, que la atribuía por supuesto al hecho de que la paternidad es siempre un instinto muy fuerte (no obstante sea la criatura un monstruo), vino para él un desgastarse hasta los cimientos de las paredes que lo rodeaban y una proliferación de saliva en su boca con sabor a hierro frío.

—Lo has hecho —le dijo la mujer—, has logrado hacerlo.

—¿Qué cosa? —le sonrió nervioso Bhaivara.

—Y ya ni siquiera puedes entenderlo.

Al día siguiente, les llegó un memorando donde los administradores los felicitaban por los efectos de Lluvia de Invierno 1. Por la televisión —los seguían notificando ellos muy felices en su mensaje—, de seguro ya sabían que una aldea de ignorantes musulmanes mercenarios había cesado de respirar por las emanaciones invisibles e indetectables de su arma, un arma que tenía, ¡increíble genialidad y acrobacia química!, el poder de liquidar a los creyentes de una secta determinada.

Los hindúes de esa zona del planeta les remitían un gracias que pesaba oro, literalmente hablando. Era lógico pensar que los musulmanes, seguían diciendo los administradores —amos de la mercadotecnia—, iban ahora a necesitar de Lluvia de Invierno 2, ¡arma contra los hindúes!

De ahora en adelante, solo en eso debían trabajar.

ÍNDICE

Cactus.....	7
Los vengadores de Chapultepec.....	35
El cazador.....	47
La confesión.....	59
I.....	59
II.....	63
III.....	67
IV.....	75
El duro trabajo de la apreciación estética	83
Tu nombre será borrado del mundo	121
I.....	121
II.....	128
III.....	138
Recompensas.....	145
I.....	145
II.....	148
III.....	150
IV.....	152
V.....	155
VI.....	159
VII.....	163
La vida plagiada.....	165
I.....	165
II.....	166
III.....	168
IV.....	169
V.....	173
VI.....	175

ISBN: 978-9968-536-34-9



Impreso en los talleres de la Editorial Arboleda,
500 ejemplares. Marzo, 2013. San José, Costa Rica.